

# MITTERRAND, EUROPA, ESPAÑA

EDUARDO HARO TECGLÉN

**L**A entrada de Mitterrand en el Eliseo ha producido una cierta conmoción en el mundo. Rompe algunas tendencias políticas que estaban en curso. Una de ellas es la continuidad de una presión conservadora sobre la opinión pública en el mundo occidental que ha ido recolectando algunos puestos claves de poder en los últimos años: Thatcher en Gran Bretaña o Reagan en Estados Unidos, la coalición derechista de Portugal, el acoso al socialismo en los países escandinavos, la situación difícil de la socialdemocracia en Alemania Federal. Francia había sido precursora de una constitución presidencialista; y la aparición de Mitterrand es, por tanto, una rotura también en un período de veintitrés años de conservadurismo reductor de algunos valores democráticos. Hay también una rotura psicológica de alguna importancia: la de la especie de supuesta condena a la izquierda que dejaba suponer que su triunfo podría disparar otra clase de acciones capaz de anularlo por cualquier medio. Ha habido una última ofensiva, la típica ofensiva del miedo al vacío y a lo desconocidos, en las vísperas electorales, y aún se ha prolongado, ya de otra manera, después de la elección de Mitterrand: fugas de capitales, amenazas de cierres de empresas y despidos en masa, caída de la Bolsa, pérdida de valor del franco. Es una acción clásica y lógica de la derecha. Sobre todo, porque no se trata de simples acciones de represalia o venganza, o de contribuir a hacer ingobernable el país —lo que aquí llamamos ya habitualmente «desestabilización»— sino porque aún queda una baza importante: las elecciones generales para la Asamblea, que Mitterrand disuelve con la intención de crear una nueva mayoría y tratar de evitar la disfunción entre un presidente gobernante y un parlamento con mayoría adversa. Señalemos una rotura más, y muy importante: el poder en Francia estaba construido en forma de forta-

leza, de coraza defensiva, para impedir que lo tomase la oposición. Lo ha tomado, y ahora puede utilizar esa misma fortaleza contra quienes la construyeron. Es decir, puede construirse un poder muy largo en el tiempo.



*Giscard fue acusado de crear una monarquía republicana: «El hombre que quería ser rey» —título de portada del Nouvel Observateur— se ha encontrado con el heredero que no esperaba.*

Es todavía pronto para saber si este acontecimiento político es un hecho atípico o si, por el contrario, es el principio de un cambio de situación general. La situación general puede definirse así: la gran crisis económica que consideramos consecuencia del aumento febril del costo de la energía sorprendió a una Europa que se creía en el camino de consolidar una situación y bienestar —consumismo, atenuación del enfrentamiento de clases sociales, apunte de una sociedad del ocio—; la nueva burguesía creada por esa época ha tratado de defenderse, de no desclasarse, produciendo una política de derechas. Pero la crisis ha con-

tinuado. Los gobiernos conservadores han acentuado su carácter defensivo en el interior mediante unas limitaciones de la democracia y unas medidas económicas que pudieran sujetar a las clases desfavorecidas por la situación y disminuir los daños en las clases privilegiadas. Esto supone una reaparición de los problemas de clases; y el proceso va inevitablemente despeñando a las nuevas burguesías hacia el abismo de donde proceden. Podría ocurrir —es una suposición— que esta nueva configuración, este nuevo reparto desequilibrado de riqueza y pobreza, este aumento de los desfavorecidos, estuviera provocando ya una reacción; y en un país tan sensible como Francia la elección de Mitterrand fuera ya un principio de respuesta.

Esta respuesta tendría que saltarse no solo el cinturón de hierro de la clase dominante en el interior, sino otras defensas superiores, o supranacionales. La nueva guerra fría trata de reproducir el esquema interior en el que una situación económica de cada país de occidente y de su conjunto, más grave que la actual, se canalizó por el enfrentamiento con la URSS y la descalificación de los comunismos. La nueva guerra fría tendría por objeto desviar hacia la URSS el problema esencial de los desafíos del tercer mundo y de la carestía de las materias primas, como base de una nueva tensión de guerra y, por tanto, de conservadurismo. El comunismo francés, saliéndose de las bases moderadas del eurocomunismo —y perdiendo en el camino muchos de sus afiliados y votantes, una gran parte de sus intelectuales— ha aceptado esa forma de desafío. Parece una política insensata, puesto que se ha aislado, y el 15 por 100 de votos a Marchais en el primer turno electoral de las presidenciales indica su pérdida de peso. Puede obedecer a otro cálculo: el de que la crisis se va a centuar más y más en los años venideros, la guerra de clases va a tomar perfiles más dramáticos, y entonces el PCF va a ser el único partido orgánico capaz de recoger ese malesstar; en el supuesto de que los socialistas van a trabajar moderadamente en to-





*En la puerta de su casa, el día de elección: las gentes del barrio fueron las primeras en saludar a Mitterrand como nuevo presidente.*

dos los aspectos. Es un riesgo que corre.

Es indudable que Mitterrand y el PSF no alcanzan el poder en pleno disfrute de su ideología, de su programa y de su capacidad de acción. La coraza defensiva del gran sistema capitalista que irradia de los Estados Unidos no es de las que pueden obviarse. El Mercado Común, el Tratado del Atlántico Norte—Francia no pertenece militarmente a la OTAN, pero sí políticamente al pacto—, el sistema monetario internacional, la implantación de multinaciones en territorio francés y de capital francés en multinacionales extensas, son hechos irreversibles: al menos, para una sola nación. Ciertas estructuras francesas son incommovibles. El presidente socialista no puede llegar mucho más lejos de lo que ha llegado la socialdemocracia en Alemania Federal, o de lo que llegaron los laboristas en Gran Bretaña. Va, probablemente, a depurar el país de una clase política dominante que lo ha ocupado durante veintitrés años, a instaurar un estilo más democrático, una sociedad más abierta. Puede hacer una transformación importante, pero no una revolución—ni siquiera está en su ánimo—. Tiene, eso sí, que luchar rápidamente contra la forma de malestar social de la crisis: contra el paro, contra las dife-

rencias crecientes entre salarios y precios; pero tiene que hacerlo con cuidado de no destruir una fórmula económica que se ha creado en todos estos últimos años. No puede plantear a Francia como el país que desafía a los Estados Unidos en estos momentos en que está en pleno desarrollo el grupo de Reagan. Pero sí puede ayudar—por irradiación, por vocación— a una Europa que sin salirse del mundo de occidente no acepte la modalidad conservadora de Estados Unidos. En su medida, lo estaba haciendo Giscard y Schmidt era curioso: el presidente francés tenía que hacer algunos esfuerzos electorales hacia la izquierda—no le han servido—, el jefe del gobierno alemán tenía que hacerlos hacia la derecha. Podían entenderse. El diálogo Mitterrand-Schmidt puede tener mucha mayor entidad. El triunfo de Mitterrand puede impulsar a Schmidt en Alemania Federal, sobre todo si sigue respondiendo a los «pacifistas»; puede ayudar a los laboristas ingleses—Thatcher va perdiendo fuerza en el país, aunque la verdad es que los laboristas están amenazados por las secesiones— y hacer que se recuperen los socialismo nórdicos. Es decir, puede llegar a formarse—seguimos dentro de la hipótesis— una Europa de mayoría socialista. Sin perder nunca su

atlantismo, su negación a lo que supone la URSS—en muchos momentos de la historia los socialistas han sido los peores enemigos del comunismo, especialmente del soviético— pueden poner graves obstáculos a la política de Estados Unidos que representa Reagan: en cuestiones de crecimiento de presupuestos militares, en la nuclearización, en un impulso hacia las negociaciones de desarme; en su forma de tratar al Tercer Mundo (con el que Mitterrand tiene lazos muy estrechos). Todo ello implica una política muy positiva, y quien sabe si a la larga—dentro de cuatro años— al regreso del partido demócrata—con alguien más inteligente que Carter— a los Estados Unidos.

La situación de España dentro de todo este contexto es ya anómala; puede llegar a serlo más. En España el reflejo conservador no es precisamente electoral, sino que se va acentuando por presiones exteriores a la opinión pública. En los momentos en que la opinión pública ha dado la mayoría relativa a UCD lo ha hecho casi simultáneamente con votaciones referendarias que aseguraban su decisión democrática y su deseo de barrer el antiguo régimen. La nueva burguesía tenía más que temer de la dictadura y de su regreso que de las formas de libertad que



## MITTERRAND, EUROPA, ESPAÑA

se le prometía. Es decir, que mientras en Francia o en otros países europeos el voto a un centro conservador significaba una afirmación conservadora, en España el voto a UCD era un progreso en relación a la situación anterior y frente a su repetición. No se sabe si la opinión pública española se ha hecho más conservadora —en ciertos aspectos, parece que sí—; pero se sabe que se ha hecho mucho más conservador el partido de gobierno y hasta los partidos de la oposición como consecuencia de la dialéctica terrorismo-golpismo, tan cuidadosa y meticulosamente organizada por las dos partes, y tan ajenas a las dos a la voluntad inmensamente mayoritaria del pueblo español. Parece que esta respuesta es funesta, y que la eficaz hubiese sido la contraria, la respuesta de la libertad y la democracia para aislar a lo que lucha contra ella. La dialéctica golpismo-terrorismo ha sido enfolgando en su falsedad (las dos son falsas salidas; las dos son incapaces de restaurar a la corta ni a la larga la situación española) todo el enorme contencioso nacional, y se ha paralizado en torno a esa enfermedad

la acción política sobre todo lo demás: trabajo y capital, paro, precios y salarios, autonomías, desbloqueo de la moral antigua sobre las costumbres, enseñanza, relaciones internacionales. Esta paralización se identifica con el conservadurismo en grandes proporciones. España había quedado ya desalineada de Europa, marginada otra vez, metida en sus contenciosos más antiguos —Francia como tapón para el Mercado Común y santuario para el terrorismo; Gran Bretaña con el problema de Gibraltar; Argelia con la cuestión saharauí; Marruecos con el problema pesquero, como Portugal...— y vuelta hacia la irradiación política de Estados Unidos; lo que es peor: hacia los Estados Unidos de Reagan. Si Francia se presenta ahora con otra apertura de sociedad, si Europa acentúa sus distancias para con Estados Unidos, si hay una política más inclinada hacia la izquierda, la lejanía española de su contexto natural, y la que la ha producido mayores daños en los últimos siglos, se va a hacer más y más grave.

La inclinación hacia la alternativa socialista propuesta aquí por el PSOE, o

hacia un gobierno de coalición con los elementos más democráticos de UCD, parece bloqueada por el equilibrio interno del terror; o podría hacerse en tales condiciones —a costa de un estado de excepción y de unas limitaciones democráticas; incluso a costa de acceder a la pena de muerte— que no solamente sería igual, sino más grave, porque destrozaría la imagen de la izquierda. Apurando el pesimismo de lo que es mera hipótesis, cabe suponer que la dialéctica golpismo-terrorismo puede llegar a acentuarse para evitar que en España «pase lo que en Francia». La ascensión de Mitterrand ha alarmado más a los grupos conservadores de lo que ha satisfecho a los progresistas, e incluso puede ya comenzar una acentuación de las malas relaciones con Francia, puesto que en los dos aspectos esenciales de la negociación de los dos países —la persecución francesa al terrorismo de ETA, el ingreso español en el Mercado Común— no parece que nada vaya a cambiar: son temas, para Francia, de carácter nacional, que están por encima del turno de gobierno de los partidos políticos. ■ E. H. T.

*La mudanza, como símbolo de la mutación: Giscard se lleva sus cuadros de lo que fue su casa durante siete años: el Palacio del Eliseo.*

